

Más allá de las emisiones

Hacia un enfoque integral del problema

ASOCIACIÓN ECOLOGISTA COSTARRICENSE-AMIGOS DE LA TIERRA

En los últimos años, se ha empezado a dar en Costa Rica una incipiente discusión acerca del problema de las emisiones, y particularmente acerca de las emisiones de vehículos automotores. La última y más sonada coyuntura en la que las autoridades gubernamentales y "la opinión pública" retomaron el asunto se dio a raíz de la decisión del actual gobierno de imponer el denominado "ecomarchamo", como un mecanismo que, supuestamente, vendría a garantizar la disminución de la contaminación en el casco metropolitano.

Sin embargo, pese a estas acciones y a las discusiones dadas --todas ellas poco efectivas y generalmente aisladas y mínimas--, hasta ahora es poco lo que se ha dicho o hecho para enfocar y enfrentar el problema en su verdadera dimensión integral.

Un problema estructural

Para intentar aproximarse a un enfoque integral del problema de las emisiones, habría que empezar por apuntar algo que puede sentirse como obvio: la situación no se reduce al "simple" problema de las emisiones vehiculares, y las posibilidades de encontrar una solución efectiva no se pueden reducir tampoco al mero control del volumen de emisiones que genera cada vehículo.

En la dirección de este enfoque integral, el problema de las emisiones debería asumirse en dos vías. Por un lado, como la suma de todas aquellas acciones y actividades humanas que generan emisiones contaminantes y dañinas para el ambiente y la salud, y no únicamente como el problema de "los" vehículos. En este sentido, debería dársele mucha más importancia de la que hasta ahora se le ha dado a la generación de emisiones provocadas por otras actividades, como por ejemplo las actividades industriales.

Por otra parte, la situación debe asumirse como el resultado de las actividades globales que, por su impacto sumatorio a nivel local, en realidad están generando un impacto a nivel mundial, en todo el planeta. Sobre este particular, debe quedar claro que el problema de las emisiones no es el problema de la salud nacional (y mucho menos lo es de la estética de la capital), es el problema de la destrucción de la capa de ozono y de la biodiversidad del planeta, y del deterioro y del cambio del clima mundial, y es, en un sentido más general, el problema del uso de los recursos de que dispone la humanidad para sobrevivir.

Este enfoque integral con el que debe ser asumido el problema de las emisiones --y los consecuentes intentos de búsqueda de soluciones-- lleva ineludiblemente al señalamiento del modelo de desarrollo imperante como su razón estructural.

Es justamente el uso irracional de los recursos el que, en principio --determinado por un sentido inmediatista y no colectivo de los beneficios, y amparado en la lógica del consumo-- determina a su vez la producción de emisiones en cantidades tales que atentan contra la propia seguridad del planeta. Es un hecho claro que nuestras sociedades privilegian el bien individual al bien común: privilegian el uso individual y no el uso colectivo de los recursos, y privilegian el consumo exacerbado e intensivo, y no el uso sostenido y racional de esos recursos (y de las manufacturas producidas a partir de esos recursos). Mientras estas condiciones se mantengan, seguiremos construyendo más industrias, seguiremos "consumiendo" más aerosoles y sustancias tóxicas, y seguiremos poniendo más vehículos en las calles. De este modo, todo hace suponer que nuestras sociedades seguirán produciendo cantidades cada vez más grandes de emisiones contaminantes.

Además, esta priorización de lo individual sobre lo colectivo que define a nuestras sociedades apunta hacia dos vías. Por una parte, a que la cuestión no se reduce a un mero problema técnico, de implementación de tecnologías novedosas que "aminoren" la producción de emisiones contaminantes. Por otra parte, apunta a la existencia de un vínculo ineludible de la cuestión con la cuestión de la democratización de la economía: con la priorización del uso de los recursos según necesidades sociales --y no según intereses particulares--, y con la colectivización de los beneficios generados por el uso de esos recursos.

A nivel mundial, se vienen dando algunos "visos" relevantes de búsqueda de soluciones a este problema global. Las actividades de seguimiento del Protocolo de Montreal --el acuerdo mundial mediante el que se ha pretendido regular el control y la eliminación de todas las sustancias que afectan la capa de ozono del planeta--, representan el más claro ejemplo de estos esfuerzos. Sin embargo, todavía no se observan resultados significativos, posiblemente porque las soluciones que se han propuesto ponen en cuestionamiento la lógica del crecimiento económico de los países desarrollados.

Otro ejemplo de acciones que señalan que la cuestión ha sido "considerada" a nivel internacional es la denominada "Implementación Conjunta", a través de la cual los países industrializados "pagan" a los países que aún poseen volúmenes importantes de recursos, para mantener en reserva esos recursos (es algo así como una legitimación moral: dinero a cambio de que se les permita producir sustancias contaminantes). Sin embargo, esta práctica de ninguna manera soluciona el problema de fondo: el uso irracional de los recursos y la producción ilimitada de emisiones.

Las acciones locales

Como se dijo antes, en nuestro país se han intentado algunas supuestas "soluciones" que, en la práctica, no sólo han sido parciales, sino que,

además, han sido inefectivas. Por una parte, el problema no ha sido asumido desde su perspecti-

va integral. Por otra parte, las acciones que se han realizado --incluso entendiendo la necesidad de aceptar una simple mitigación o aminoración del problema--, se han tomado en el marco de decisiones desarticuladas, que no responden a la ejecución de una política global para el debido control de emisiones (podemos citar, por ejemplo, el reciente caso de una industria en Curridabat, denunciada por grupos comunales debido a los altos niveles de emisión de gases que producía, y a la que las autoridades simplemente ordenaron subir las chimeneas varios metros, para evitar que los gases llegaran hasta las casas vecinas).

En este sentido, se evidencia la necesidad definir un plan nacional, dentro del que se incluyan acciones concretas para la reducción o la eliminación de cada tipo de emisiones. Por ejemplo, en el caso de las emisiones vehiculares, este plan debería contemplar acciones claras, decididas y sistemáticas, entre las que deberían estar:

- Facilitación y promoción del uso de transporte colectivo, haciéndolo más atractivo.
- Fomento de los taxis colectivos.
- Interiorización de los costos del problema a nivel personal y desestímulo del comercio de vehículos particulares (incrementando impuestos, por ejemplo).
- Incentivo u obligatoriedad del uso de catalizadores.
- Prohibición del uso de gasolina con plomo.
- Prohibición del tránsito de vehículos que sobrepasen las normas mínimas de emisiones.

La posibilidad de ejecutar un plan nacional integral de regulación de las emisiones pasa, necesariamente, por la existencia de una actitud política consecuente. Sin embargo, hasta ahora las autoridades responsables parecen más preocupadas en la imagen de algunas figuras que en la articulación de un verdadero proceso de cambio de la situación.